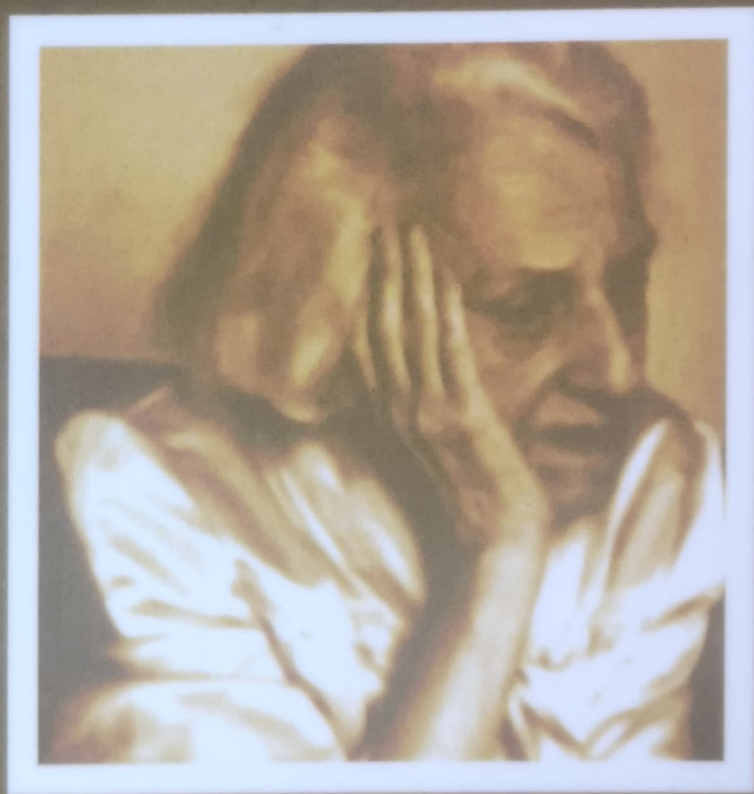


María Zambrano

Filosofía y Educación

MANUSCRITOS



EDITORIAL
ÁGORA

EDICIÓN DE

Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey

LA INFANCIA EL NACIMIENTO Y HILO CONDUCTOR

Es la infancia un verdadero continente nunca bastante explorado. Porque es la inmediata continuación de lo más decisivo, misterioso de la vida, que es el nacimiento. Quizás hasta ahora haya obsesionado la mente occidental mucho más la muerte que el nacimiento. Y la verdad es que el haber de morir no es gran cosa comparada con haber nacido; llegado a la vida siendo además, un ser, un alguien.

Y quizás esta especie de obnubilación producida por idea de la muerte haya impedido o no haya dado cabida a lo que es sin duda alguna la más íntima, profunda situación del ser humano: el asombro de estar vivo y de ser alguien, un ser, un individuo irreductiblemente distinto de los demás; de estar vivo y de sentirse único. Este sentir originario, fundamental es la base de la transformación moral y anímica, física también que a lo largo de la vida el ser humano ha de sufrir y al par efectuar; es el inexorable punto de partida. Y por ello nos servirá de hilo conductor a través de todas las edades señaladas y lo seguirá siendo igualmente a otras más [que] se descubrieran.

Pues que se trata del arranque, del punto de partida; del sentir imborrable sobre el cual irán a caer todos los demás sentires. Y permítasenos distinguir entre la situación y el sentir, pues que creemos que el haber tenido en cuenta únicamente la situación ha conducido a una mente como la de Heidegger en una dirección que le llevó a definir la situación última del hombre sobre la tierra —y él no ha intentado traspasarla— como “el ser para la muerte”. Heidegger partió del “estar aquí” como de lo más radical del ser humano. Sin duda alguna que señaló un sentir que la acompaña, el de sentirse aherrojado, lanzado, echado a fuera diríamos. Mas este sentir es sólo un aspecto del sentirse vivo, nacido, siendo alguien del sentirse ser viviente como individuo irreductiblemente diferente. Pues que este sentir inicial se da también gloriosamente, en un asombro total único que ningún otro acontecimiento puede despertar. El sentirse “aquí” a la manera heideggeriana prepara ya que sea la

angustia el encuentro decisivo entre el hombre y la nada y bajo ella el ser sin más. Justamente de este encuentro se ha retirado la vida, nada menos que la vida y la gloria que congénitamente la acompaña. Y el hecho entre todos de haber nacido. Y nacer no es un hecho reductible a ser. El hombre es ante todo un nacido, un ser nacido viviente.

Y así la angustia que inexorablemente también se aparece como reveladora no puede sin embargo tomar al ser entero para sí, no puede ser aceptada más ella sola. En la angustia se da sin duda una revelación especialmente fecunda para algunos individuos específicamente dotados para ella, mas no puede hacerse de ella la revelación fundamental que al hombre le sea dada. Es la angustia en verdad la revelación fundamental negativa, en la negación o más exactamente en la negatividad. Y de ahí que en este tiempo haya sido aceptada hasta con embriaguez y ansia.

Mas la revelación fundamental que al hombre le es dada es la de encontrarse no entre la nada y el ser, en el tiempo ante la muerte que luego resulta ser para la muerte.

Lo originario de la situación humana es encontrarse nacido en la vida y siendo; siendo ya y yendo hacia el ser. Y como su ser es ser-nacido, yendo pues hacia un inacabable nacimiento.

Y si el sentir originario que corresponde a la situación inicial es según se acaba de enunciar, en la infancia es donde aparecerá forzosamente como algo radical, como la raíz misma de la existencia. Y lo primero que ha de verse en un niño es alguien que está sintiendo de un modo más o menos declarado en su incipiente conciencia, el haber nacido, el estar naciendo en verdad pues que el crecimiento infantil en el animal superior, mas muy especialmente en el hombre, es una continuación del nacimiento, es el nacer que se hace ostensible. Por lo cual en el nacimiento humano habría que distinguir dos etapas: la primera, aquella decisiva de la cual no podemos tener memoria ni la mínima conciencia por tanto; y el período del crecimiento en el que el nacer se continúa ya sensiblemente primero, conscientemente después. Y en este período es cuando se da en toda su plenitud el sentimiento de dependencia primeramente con los padres, y de un modo difuso con el mundo de los mayores. El maestro, los maestros naturalmente, están situados en la región de los padres como igualmente, no es necesario decirlo, todas las personas que directamente cuiden del niño.

Es el largo momento, el interminable momento cuando se vive del crecimiento dominado por el sentimiento de dependencia. El niño se siente ser

alguien encerrado en sí mismo y al mismo tiempo se ve dentro de una envoltura: todo le llega desde el reino de los padres, del maestro, de los mayores. Y forzosamente ha de estar debatiéndose entre dos polos que marcan dos tendencias de su ser: el polo y la tendencia del recibir, en un proceso de continua nutrición. Una tendencia a apropiarse de todo aquello que le rodea, si lo necesita o si le agrada se le impone y aun lo arrastra como cosa natural. Se diría que su naturaleza es el deseo, la apetencia, el ansia en una escala de diversos grados según los individuos o las clases de individuos. Si posible fuera descubrir el coeficiente del deseo en la época de la infancia se tendría un signo de extrema importancia para el futuro. Pero el deseo, esa tensión que se abre para recibirlo todo depende como es natural del ambiente en gran parte; tanto la extrema insatisfacción como lo contrario pueden desatar y aun fijar en modo indeleble el deseo ilimitado en quien esté sometido a su dominio.

La otra tendencia no difiere por su naturaleza del deseo, de la avidez receptiva, sino por su dirección, pues que procede del ser que lucha aun sin darse cuenta, por su independencia, que necesita y busca salir de esa envoltura en que se encuentra; es la tendencia propiamente que obliga a seguir, a proseguir el nacimiento y que en último término es la tendencia individualizadora. Y a través de ella pasa el hilo conductor que desde la oscuridad y pasividad originaria lleva a un ser humano hasta su despliegue último; es diríamos, la raíz misma de la libertad, de la inexorable libertad.

Puede tomar diversas formas esta tendencia liberadora, y en ella aparece ya el sentido del futuro, lo que crea el tiempo propiamente humano. El simple deseo, el deseo elemental que todo lo espera no sale, en realidad, del presente, de un prolongado presente. Y si se permaneciese dentro de él, aunque el desarrollo fisiológico del organismo prosiguiera normalmente, el ser en cuestión no avanzaría un sólo paso. De ahí el infantilismo y aun el retraso mental del niño dominado por el deseo y la avidez.

Es la tendencia hacia el futuro la que despega por así decir el ser humano de esa primera envoltura de su nacimiento que se continúa en el mundo familiar. Y la situación en que se encuentra el que va creciendo es la de tener que ir cada día afrontando la realidad, la suya y la que le rodea, desde una cierta soledad. Lo que sucede a veces en modos sumamente conflictivos. Y es lo que los padres, los educadores, los mayores que rodean al niño sobre todo cuando comienza a ser un muchacho han de tener constantemente en cuenta para que el inevitable despegue tenga lugar en forma la más armoniosa posible.

En modo de que el despegó sea un simple desprendimiento, de que no engendre destrucción. El cuidado mayor de los que tratan con el muchacho –la muchacha también, naturalmente– habría de ser de ayudarle invisiblemente, insensiblemente a salir de ese lugar primero, primario, original en modo tal que pueda volver a él como a su patria indestructible. Pues que el nacimiento ha de quedar como algo intacto, como reducto último en todas las tempestades de la vida; un lugar que con su sola aparición en el alma ofrezca seguridad, calma, certidumbre.

De cómo se haya verificado ese tránsito, el primero en que un ser humano tiene participación –pues que al nacer propiamente nada hacemos– depende nada menos que la realidad de esa patria primera, insustituible; depende su modo de realidad, pues que real lo será siempre, mas puede serlo en forma de cerrar, de hacer inaccesible eso que llamamos el lugar del nacimiento, la infancia primera; de cerrarla como un lugar de tinieblas y de rencor o contrariamente como un paraíso inaccesible. Y la patria debe de ser siempre accesible; el lugar accesible por excelencia.

La infancia es el lugar entre todos que se lleva siempre consigo para bien o para mal. Se sale de ella inexorablemente, mas ha de suceder en modo de que no se la considere sepultada, ni siquiera abandonada, sino simplemente como la etapa inicial de la vida que ha de ser superada como todas, pero a la que habrá que recurrir una y otra vez y no sólo en virtud de la nostalgia, sino de que es en la infancia donde hemos despertado a la vida dentro del cuidado, de la ternura, casi siempre, del amor.

LA VOCACIÓN DE MAESTRO

Todas las vocaciones tienen algo en común, sin duda alguna. El ahondar en ese luminoso fenómeno que es la vocación exige todo un tratado, pero más todavía un sistema de pensamiento desde el cual la vocación aparezca como algo inteligible; como uno de esos inteligibles que no solamente se entienden sino que hacen entender. Y la mayor parte de los sistemas filosóficos del mundo moderno, y de las ideologías que lo llenan, no dejan lugar siquiera a que se tenga en cuenta el hecho de la vocación; es más, ni siquiera la palabra misma, vocación, puede ser usada.

Y así, en vez de vocación se habla de profesión, despojando a esta palabra de su primordial sentido, haciéndola equivalente de ocupación o de simple trabajar para ganarse la vida.

Pues que la palabra vocación tiene, como todas, sus afines; está enclavada dentro de lo que podemos llamar una constelación y así hay palabras que son como consanguíneas, que corren la misma suerte, como sucede con la palabra destino, por ejemplo. Tampoco se puede hablar de destino cuando no resulta claro referirse a la vocación. Y las personas tienen en vez de destino, empleo: el "destino" de un ser humano queda reducido a encontrar dentro de los empleos que le son asequibles, el que le resulte más conveniente.

Para que la vocación y el destino de una persona aparezca es necesario un sistema de pensamiento que deje lugar al individuo, lo que equivale decir a la libertad. A esa libertad que es el medio en que vive intangible, la persona. El individuo [in]intercambiable con otro, al que no se le puede arrancar su secreto último que solamente la vida irá librando a la luz. Y dentro del cual alienta la persona cuyos límites no pueden ser trazados de antemano sino simplemente situándola dentro de la condición humana, pero nada más. Pues que toda humana persona es ante todo una promesa. Una promesa de realización creadora. Cuando se siente al prójimo como persona se espera siempre de él y en consecuencia, uno de los mayores dolores que nos depara la vida es el asistir

al hundimiento o a la falsificación de esa promesa. Adelantándonos un poco dentro de nuestro tema, diremos que es este uno de los padeceres que especialmente visitan a quien tiene la vocación de maestro.

Al abordar pues, la vocación específica de ser maestro, educador nos encontramos ante todo con el fenómeno de la vocación en general, y con la esencia de la vocación. Tenemos necesidad de preguntarnos qué es la vocación para inquirir luego lo propio de la vocación del maestro. Y lo primero que encontramos es que dentro de la filosofía moderna no existe un ámbito adecuado para que el hecho real de la vocación y su esencia se den a conocer. Diremos sin ánimo de agotar la cuestión, por qué; diremos algo de la filosofía que se necesita para que tal aspecto esencialmente humano de la vida aparezca. Y a esta luz nos acercaremos a considerar qué sea la vocación en general y cuál en su especificidad la de ser maestro.

¿Qué es pues, la vocación? nos preguntamos. Atengámonos por el momento a una descripción lo más fiel posible, a una descripción un tanto fenomenológica.

Vocación es un sustantivo, mas como se sabe en unos casos es el sustantivo el portador de la significación esencial, radical, mientras que en otros lo es el adjetivo correspondiente, mientras que en otros casos es el verbo. Cuando se trata de un proceso de la vida humana, de una condición del hombre o de un modo de ser, sucede que el adjetivo sea la sede de la significación primaria de la cual el sustantivo se ha derivado. Por ejemplo: se ha descubierto que el origen primero de la palabra religión es el adjetivo latino "religiosus" que simplemente significaba originariamente escrupuloso, y no en abstracto, sino muy concretamente como suele ser todo adjetivo inicial; quería decir la con-

dición de aquel que caminando por la calle cuidaba de apartar las piedrecitas del camino para que aquellos que venían detrás de él no tropezaran, acción tan cargada de significado que no requiere comentario. Hay acciones minúsculas prometidas a un incalculable porvenir.

Cuando se trata de acciones en cambio el verbo antecede en sentido y es a manera del depositario de la significación, por ejemplo: el pensar y el ver, el mismo ir y tantos otros. Mucho y muy continuamente habrá tenido que pensar alguien para ser llamado pensante o pensador; mucho y muy claramente habrá tenido que ver para ser llamado vidente. El viandante en cambio puede haber sido llamado así, o bien por ir y estar yendo de continuo, o bien por ser así nombrado cuando está yendo o cuando llega a un lugar donde no se le conoce, porque el ir antes que engendrar una condición crea un estado, una situación.

De vocación no hay verbo; hay sustantivo y adjetivo en calidad de participio pasivo, que por cierto no resulta muy bello en español, el estar vocado. Es el sustantivo quien se lleva casi por completo la significación, y la expresión de este proceso. El sujeto es pasivo. Pasivo y activo a la vez, pues que nuestra consideración no es gramatical. Cuando se dice "yo tengo vocación" el sujeto es activo sin duda alguna gramaticalmente, mas sería más fiel a la realidad de tal proceso el decir "yo estoy vocado" por lo que iremos viendo de la vocación.

Como se sabe la palabra viene del verbo latino "vocare", llamar: la vocación es pues una llamada. Una llamada que al servir para designar al sujeto que la recibe, para calificarlo, para definirlo inclusive, es porque es una llamada oída y seguida. "Vocare" viene de la raíz "vox, vocis" la voz. La vocación pues no es la misma voz sino algo que resulta de ella, es algo que ha sucedido a consecuencia de esa voz y que adquiere entidad. La adquiere, claro está, en quien la acoge y no solamente la oye.

La voz de donde vocación se deriva, pide ser seguida, tenue o imperante, suave o dominante, pide lo mismo; obedecer y no en un sólo momento, sino en un constante y creciente ir haciendo, haciendo eso que la llamada pide, declarándolo y otras veces, simplemente, insinuándolo, mas exigiéndolo siempre.

Y así la vocación participa a la vez de ser un proceso que tiene lugar en un ser humano y de ser una especie [de] entidad, algo autónomo y que ejerce su influencia como desde arriba planeando sobre la vida individual.

La vocación tiene sus grados según se haga sentir más o menos clara e intensamente, según sea lo extraordinario de su exigencia, pues que hay voca-

ciones heroicas y las hay que piden el sacrificio total de una vida. Mas es común a todas el pedir entrega, dedicación. La vocación, vista desde el que la tiene, es una ofrenda. Y la ofrenda completa en un ser humano es de lo que se hace y de lo que se es.

Es por tanto una acción transcendente del ser, una "salida", si podemos decir del ser humano de sus propios confines para ir a verse más allá. Es un recogerse para luego volcarse; un ensimismarse para manifestarse con mayor plenitud.

Tiene dos aspectos al parecer contrarios el proceso de la vocación cuando se cumple: un adentramiento del sujeto, un penetrar más hondamente en lo que tradicionalmente se llama el interior del ánimo, y el movimiento que podría ser contrario y que es complementario, el manifestarse tan enteramente como sea posible; un aspecto que puede aparecer como negativo frente al prójimo y frente al mundo exterior, y un momento subsiguiente de manifestación expansiva, generosa, como un buzo que desciende al fondo de los mares para reaparecer luego con los brazos llenos de algo arrancado quizás con fatigas sin cuento y que lo da sin darse siquiera mucha cuenta de lo que le ha costado y de que lo está regalando, a quienes ni siquiera en ciertas ocasiones lo esperaban porque no lo conocían. Pues que la vocación de algunos es quien ha traído al mundo cosas nuevas; palabras nunca dichas anteriormente, pensamientos no pensados, claridades ocultas, descubrimientos de leyes no sospechadas, y hasta sentimientos que yacían en el corazón de cada hombre sin aliento y sin derecho a la existencia.

Sólo por obra de la vocación heroica, mantenida día tras día han llegado a todos, para el bien común, conocimientos que hoy día son elementales, pero que parecieron locura al ser expuestos, como tantos ejemplos hay de sobra conocidos. Salta a la memoria por tratarse quizás de uno de esos usos cuya omisión sería hoy tenida por delito, la de la simple asepsia en la obstetricia, que le costó miseria, persecución hasta la pérdida de la razón al médico Sommerwils no hace dos siglos siquiera en Europa. ¿Qué voz sostuvo a este hombre en su desvalimiento y le llevó a arrostrarlo todo para ofrecer a los demás esta elemental verdad salvadora de tantas y tan preciosas vidas? Pues que si toda humana vida es preciosa lo ha de ser en grado eminente la de la madre en el momento en que es madre y la del hombre que nace.

Esta voz es sin duda la de la verdad, pero no bastaría para consumir toda una vida en un semejante sacrificio —uno de tantos, repetimos—. La verdad en

abstracto, la verdad puramente teórica o mirada como en un espejo no conduce a la ofrenda total, y a veces ni a una ofrenda menos costosa. Es la verdad sin duda mas junto con algo que ha de tener sus raíces en la zona afectiva, ya que, como es sabido, es el sentimiento el que impulsa la voluntad, el verdadero motor.

Y así en estos dos aspectos de la vocación que hemos señalado —la interiorización y la exteriorización dadivosa— vemos que ella trasciende los dos temperamentos más conocidos hoy día: el intravertido y el extravertido, pues que los unifica y los convierte en complementarios. Y por ello una persona de natural intravertido llevada por la vocación llegará a manifestarse ante el prójimo y aun ante el público con la máxima eficacia y aun el pavorosamente tímido será un buen orador, un excelente maestro o un gran actor teatral si de ello tiene la vocación. Y paralelamente el individuo extravertido será capaz de pasar horas y días y aun épocas enteras de su vida, en lugar apartado sumido en el estudio y en la meditación, si el cumplimiento de su vocación se lo exige.

Lo cual nos conduce a la consideración de un punto de extrema importancia y en el cual diferimos de la creencia al uso, de la suposición más bien, de que es el temperamento quien decide la vocación, lo que equivale a decir que es la estructura psíquica del individuo quien le hace recorrer uno u otro camino. Y sin embargo, sin entrar en consideraciones teóricas de ninguna clase, la simple observación de todos los días nos da noticia de que la mejor actriz del siglo ha sido una mujer tímida en modo enfermizo; de que el Doctor Schweitzer que tan clara estela ha dejado, fuera por temperamento un hombre de "interior" en todos los sentidos: músico, filósofo, un poco teólogo, y que un día por amor a los abandonados y aun excluidos de la civilización, dejara su celda y fuera a compartir instante a instante su vida al abierto rodeado siempre de gentes, teniendo que organizar, que ser práctico y así día tras día, año tras año, hurtando un poco de tiempo a la convivencia para quedarse a solas como le placía estar. Y ante la mirada del lector desfilarán otros muchos casos conocidos donde se da [la] misma paradoja.

No coincide tampoco siempre la vocación con los gustos y lo que es más grave, con las aptitudes, con los llamados talentos. Cosa esta última que puede ser dramática y que en un principio lo es siempre.

Que la vocación sea cosa distinta de los gustos se muestra bien a la vista en lo corriente que es el que una persona dominada por una vocación muy

determinada, tenga una afición de tipo muy diferente y que a ella dedique con avidez el tiempo que le esté permitido, como si quisiera resarcirse de la servidumbre de su vocación y quisiera ofrecerse a sí mismo ese regalo, como si fuera el gusto que está salvando de debajo del peso de esa su dedicación que al menos en apariencia, podría dejar si quisiera; pero ésa es la cuestión, que quien tiene una vocación no puede ni tan siquiera querer librarse de ella, aunque la sienta como una servidumbre.

La esencia de la vocación y su manifestación igualmente es la ineludibilidad. Mas como el hombre es ante todo libre, puede siempre eludirla. Y no hay sino una contradicción aparente en estas dos aserciones, pues que al eludir lo ineludible algo sucede, algo así como que la persona vaya quedando progresivamente desustanciada, expresión ésta que sería interesante un día analizar. Ha fallado en su vida, en lo que la vida que le han dado más tiene de suya, y ella lo sabe. Todo lo que vaya haciendo cada día estará dictado por el afán de justificarse desde el punto de vista moral, y por la necesidad de encontrar una compensación desde el punto de vista vital. Una afanosa brega más fatigosa en verdad que todos los trabajos que el seguir la vocación le hubiese deparado. Sísifo acarreando su roca sin descanso podría ser el símbolo de esta fatiga destructora.

Pues que en la vocación se revela en modo privilegiado la esencia trascendente del hombre y su realización concreta. En ella aparecen unidos los planos y estancias del ser y de la realidad, del hombre y de la vida que al principio de estas páginas señalamos como integrantes de la totalidad del universo del hombre incluido él mismo. Ella los une realizándolos.

La vocación hace que la razón se concrete, se encarne, diríamos, que la vida se substancialice y se realice al par, uniendo así vida, ser y realidad. Y como todo ello sucede dentro del orbe de todos, la razón total, la razón del mundo está en ella incluida y por ella, al par, manifestada.

LA VOCACIÓN DEL MAESTRO LA MEDIACIÓN

Toda vocación es en esencia mediadora. Lo hemos ido viendo en todas sus notas sorprendidas empíricamente, y en la consideración final que pudiéramos llamar metafísica. Mediadora entre las fuerzas y modalidades que constituyen al individuo, entre los planos del ser y de la realidad, de la vida y de la razón. Mas es mediadora también y en grado eminente en sentido social, es mediadora entre el individuo y la sociedad, pues que toda vocación al acabar en una ofrenda es por esencia de naturaleza social. Nada hay que más que ella ligue al individuo con la sociedad, ni la heredada posición social, ni los oficios del poder, ni las apariciones fulgurantes en la escena crean este vínculo entre el individuo y la sociedad del modo permanente en que se da cuando el maestro cumple su vocación.

Sigue siendo un método seguro para descubrir el ser de algo el situarlo dentro de su especie, según hemos procurado hacer, y el ver luego las diferencias dentro de ella con el género o los géneros más próximos. Y así intentaremos hacerlo.

En este caso la etimología de la palabra maestro no nos alumbra mucho, pues que viene de "magister", como bien sabido es, y "magister" dicen que de "magis", un adverbio comparativo. Es un grado supremo pues, es lo más. Pero este más ¿a qué otro se refiere que sea menos? No aparece tan claramente, pues que de una parte el grado de maestro es más, el más que el aprendiz en los oficios y artesanías —cosa ésta que conviene no olvidar—, y más que el de estudiante o licenciado y aun doctor, si de estudios se trata. El maestro es pues más de lo que él mismo era antes de llegar a serlo, el peldaño superior de una escala, la copa de un árbol. Ha tenido que llegar a serlo, en suma. Es pues un cumplimiento, un término más allá del cual no hay ningún otro. En el caso de los oficios y artesanías se trata del grado supremo del hacer, en el de los estudios del saber, mas no tan simplemente, del saber de aquello que hay que enseñar y de saber enseñarlo —lo que no deja de ser cierto igualmente para el hacer de los oficios—.

Se trata pues de un grado transmisor por excelencia, por esencia, ya que el aprendiz o el estudiante puede transmitir algo a sus compañeros, mas si así no lo hace no falta a su deber, mientras el maestro deja de serlo se convierte en una contrafigura de su ser, si no logra transmitir de algún modo a quienes le están encomendados, en principio a todos, su enseñanza. De ahí que el maestro que tanto terror despierta en el alumno porque le examina él se está examinado siempre; su actuación es un perpetuo examen, una continua prueba.

Se cuenta de las antiguas iniciaciones en las religiones místicas que el iniciando había de someterse a una cadena de pruebas. Mas el maestro es diferente de ellos también, pues que [para] adquirir su grado supremo ha de pasar por pruebas no exentas de dificultad, mas luego se encuentra en una prueba sin fin, de toda hora. Es una condición que se adquiere, mas a condición de ser readquirida en cada instante. Y puede perderse, pues muchos habrán sido maestros cumplidamente durante un tiempo de su vida, y luego un día ya no podrán seguir siéndolo. Y entonces el haber sido maestro queda como algo esencial sin duda de la persona, mas que no la define por completo; se dirá de ella cuando desaparezca en ese recuento biográfico que la muerte no perdona, que fue maestro también, y si no fue luego alguna otra cosa quedará como alguien que se detuvo a mitad del camino. A no ser que haya dejado de ser maestro de un modo para serlo de algún otro, ya que se puede y aun es necesario que el magisterio se ejerza de muchas maneras en una sociedad.

Y tanto es así que dentro de la misma sociedad en que vive el maestro hay funciones lindantes con la suya y que a veces coinciden con ella felizmente y que en otras parecen invadirla. Pues que no sucede por simple azar que algunos regímenes políticos, algunos hombres de estado choquen con el magisterio establecido y aun actuante. Y que el cuerpo escolar en su integridad se mueva dentro de dimensiones que podemos llamar políticas. Ello sucede de hecho por diversos motivos, legítimos o ilegítimos, mas sucede en algunos casos por algo, por un elemento que es el único que aquí nos interesa considerar, porque el tal estado a través de algunos de sus representantes invaden la condición del maestro y por tanto la de discípulo indebidamente. En cambio, cuando el estado a través de sus máximos representantes ejercen una función educativa, se llega a lo más —aquí también tenemos lo más— que un estado puede llegar.

Pues no ha sido posible hacer la teoría de un estado perfecto, desde la República de Platón —perfecto en cuanto a la intención de que así fuera— sin

concebirlo como educador. Y de otra parte, tampoco ha sido apenas posible el diseñar una educación en toda su escala sin tener presente la existencia del estado, sin contar con lo que los griegos entendían por "Polis". Pues que tanto el político como el maestro son mediadores, como lo es el pensador y el artista —el poeta—. Mas son dos grupos de mediación un tanto diferente. Y es lo que tenemos que precisar.

Todo hombre que crea y hace algo es mediador empezando por el hecho más común y extendido de tener hijos y criarlos. Padre y Madre son mediadores y aun diremos que lo son por excelencia: por ellos la vida se continúa y la cultura de que forman parte, el linaje y la ciudad y aquello que los preside. No nos es posible extendernos aquí en la consideración de esta función mediadora en particular y menos aún en la consideración de la función mediadora del hombre en cuanto tal, que no es otra cosa que el ejercicio de esa su esencia transcendente. Transcender es eso ante todo: mediar, ir y venir entre lugares extremos y si no es eso lo propio de lo humano, se quedará el hombre reducido a ser una criatura no muy diferente de las demás, se quedará privado de su situación singular en el mundo.

Y como la vocación agudiza, extrema, eleva a la perfección lo esencial del hombre, quiere decir que toda vocación es mediadora. Y que se trata tan sólo de ver en este caso en qué forma lo es la de ser maestro y si acaso no lo es en modo eminente.

El filósofo, el sabio, el artista, son mediadores de una especie colindante con la del maestro porque trasmiten algo, verdad, ciencia, belleza; mas no en una forma personal, directa sino a través de una obra, una obra que tiene un especial modo de existencia, esa que corresponde a lo que Husserl ha llamado "objetos ideales", donde objeto ha de entenderse como algo dotado de autonomía —lo que depende de su lograda forma—, e ideal como no encontrado en la realidad que se nos da. Ellos median entre la razón, la verdad, el bien, la belleza y la humana vida, siempre claro está, en el recinto de una sociedad; en el recinto de una sociedad de la que un día transmigran a otra no nacida siquiera cuando la tal obra fue lograda.

Mas la mediación ejercida por el maestro tiene una última especificación que se refiere al ser —al ser de lo viviente—.

Sabido es que en la lengua griega el verbo ser tiene como significado dos verbos procedentes de dos raíces diversas, el "Eimi" y el "fyu" que significa crecer, crecer siendo. Raíz de donde viene "fysis", naturaleza. Y bien el maes-

tro es mediador con respecto al ser en tanto crece, y crecer para lo humano es no sólo aumentar sino integrarse, es decir, algo todavía más que desarrollarse como lo es para una planta y para un animal. El maestro es mediador sin duda alguna entre el saber y la ignorancia, entre la luz de la razón y la confusión en que inicialmente suele estar todo hombre. Mas lo es en función de que la criatura humana necesita de esos saberes múltiples y diversos para integrarse, para crecer en sentido propiamente humano, para ser; en razón de que ha menester de que se encienda en su conciencia y en su ánimo la luz de la razón y de que una vez encendida se condense, germine diríamos. El crecimiento humano, en esto no se distingue de los demás vivientes, parte de un germen que se va convirtiendo en una forma orgánica; sólo que en el hombre este germen o es doble o es uno que incluye con la vida la razón y la exigencia de llegar a ser una persona íntegramente. Y es justamente ahí donde se ejerce la acción del maestro, de donde arranca y donde vuelve una y otra vez ese movimiento circular que describe toda acción mediadora. Y así el maestro al serlo del ser humano en tanto que es un ser que crece ha de hacer descender, por así decir, sobre él razón, bien y verdad, también armonía y orden fundamentos de la belleza en función justamente del ser; mediador ante todo y sobre todo del ser mismo, de ese ser —persistente problema de la filosofía— que mirado desde lejos parece inaccesible, y que luego fructifica en el hombre como en su terreno de elección.

Esperamos pues, que haya quedado claro lo que enunciábamos al comienzo de estas páginas, o sea: que solamente un pensamiento que rescate el ser y la razón, la verdad y la vida para la existencia concreta del hombre estaría en condiciones de alumbrar y de sostener el fenómeno de la vocación que parece tan extraordinario y que resulta que de un modo o de otro todos tienen, aunque no lo sepan. Y que la vocación de maestro es la vocación entre todas la más indispensable, la más próxima a la del autor de una vida, pues que la conduce a su realización plena.

LA MEDIACIÓN DEL MAESTRO

No es posible desde hace ya largo tiempo poner en duda que la cultura de Occidente se encuentre, en medio de tantos esplendores, en una honda crisis. No es posible tampoco desconocer desde hace algún tiempo que esta crisis sea la de la mediación en todas sus formas. Son ellos, en gran parte mas en grado eminente, los mediadores mismos, quienes en forma cada vez más clara lo exponen, lo publican.

La vida, no es necesario decir social, pues que la vida humana lo es de raíz y aun la vida sin más, necesita congénitamente de mediación. La vida, ella, en sus albores es ya una propuesta y una profecía de mediación, mediadora entre la materia no viva y todas las formas vivientes que se suceden manifiestamente y aun aquellas otras no reveladas aún. Sin que quepa el separar el pensamiento de la vida, pues que toda vida es forma o la persigue; toda vida y la vida toda. La crisis pues, no puede ser sino la crisis de una forma, de una de esas formas de las que pende la suerte de la forma misma de la cultura o de la unidad histórica en cuestión. La crisis, esta y cualquiera habida antes, no puede serlo verdaderamente sino de la mediación.

Tenía por tanto que llegarnos este estallido que en el largo proceso de la crisis, sólo desde hace poco se produce, de que sean las aulas y el maestro que con su presencia hace que el aula sea un lugar vacío, quien aparezca en crisis, como si fuera su protagonista o como si fuera lo que en ellas sucede el último fondo, el insoslayable, el sin remedio, el que justifica el que alguien diga —y muchos lo gritan—: “¿Ven, ven cómo la continuidad de esta sociedad, de esta tradición de vida, de esta cultura, ya no es posible?”

Creer, se creen las nuevas generaciones ser los delatores de la crisis cuando ya sobre ella se había escrito tanto, pensado hasta el virtuosismo, tras de minuciosos análisis, que parecía agotado ya el tema, es decir que comenzaba a creerse que en vez de insistir sobre ella, había que recoger el resultado de tanto pensamiento analítico en una especie de olvido fecundo, en un cierto estado

de inocencia, de "docta inocencia" para que germinara la síntesis. La síntesis en todos los aspectos; el puramente intelectual, el de las formas y estilos de vida, la síntesis que es la libertad misma en concreto.

Y este "descubrimiento" de la crisis es lo que primero sorprende, en verdad, lo único que sorprende de la actitud de las novísimas generaciones. ¿Cómo ignoran la multitud y diversidad de denuncias y de diagnósticos, la "pasión" en suma del pensamiento y de las personas que tan inmediatamente ofrece la historia y aun lo que todavía no es historia cuajada? El repudio de la tradición parece envolver también a todo ello. Sólo [el pensamiento de] algunos filósofos, de algunos ideólogos, de algunos críticos sobrenada el océano de la repulsa con que los jóvenes, al menos los que en nombre de la juventud se expresan, quieren anegarla toda entera. Y esto, sí, en el recinto de la vida estudiantil, y más específicamente universitaria, aparece como un hecho peculiar de esta crisis. Ciertamente que un nuevo poder desde el primer tercio de este siglo se venía haciendo sentir, el poder estudiantil, el poder de la juventud universitaria. En algunos Países por esos años —en alguno que les parecería increíble a los jóvenes de ahora—, el tal "poder estudiantil" fue en ocasión decisiva decisivo.

Les sería muy fácil a los estudiantes "contestadores" el averiguar, el reunir noticias de este hecho. Mas justamente la historia, incluida la que pudiera ser la suya específicamente, es lo que más rechazan. Justamente la historia. Comenzar a vivir de nuevo, sin mediación, parece ser su designio, sin la mediación de personas, sin la mediación del tiempo.

¿Qué hacer, si es maestro, cómo mantenerse simplemente en su lugar, allá sobre la tarima, cómo subir a la cátedra? La mediación del maestro se muestra ya en el simple estar en el aula: ha de subir a la cátedra para en seguida mirar desde ella, ha de subir a la cátedra para mirar desde ella hacia abajo y ver las frentes de sus alumnos todas levantadas hacia él, para recibir sus miradas desde sus rostros que son una interrogación, una pausa que acusa el silencio de sus palabras en espera y en exigencia de [que] suene la palabra del maestro, "ahora, ya que te damos nuestra presencia —y para un joven su presencia vale todo— danos tu palabra". Y aun, "tu palabra con tu presencia, la palabra de tu presencia o tu presencia hecha palabra a ver si corresponde a nuestro silencio —y el silencio es algo absoluto— y que tu gesto corresponda igualmente a nuestra quietud —la quietud esforzada como la de un pájaro que se detiene al borde de una ventana—". Pues que todo ello —siente el maestro al recibir la mirada y al sentir la presencia del alumno— en todo ello va un sacrificio, el sacrificio de

nuestra juventud. Y así, el maestro, bien inolvidable le resulta a quien ejerció ese ministerio, calla por un momento antes de empezar la clase, un momento que puede ser terrible, en que es pasivo, en que es él el que recibe en silencio y en quietud para aflorar con humilde audacia, ofreciendo presencia y palabra, aceptando el comparecer él igualmente en sacrificio, rompiendo el silencio, sintiéndose medido, juzgado, implacablemente y sin apelación, remitiéndose pues a ese juicio, mas por encima de ese juicio, a algo por encima de las dos partes que cumplen el sacrificio que tiene lugar desde que las ha habido en un aula, al término inacabable de su mediación.

Podría medirse quizás la autenticidad de un maestro por ese instante de silencio que precede a su palabra, por ese tenerse presente, por esa presentación de su persona antes de comenzar a darla en modo activo. Y aun por el imperceptible temblor que la sacude. Sin ello, el maestro no llega a serlo por grande que sea su ciencia. Pues que ello anuncia el sacrificio, la entrega.

Y todo depende de lo que suceda en este instante que abre la clase cada día. De que en este enfrentarse de maestro y alumnos no se produzca la dimisión de ninguna de las partes. De que el maestro no dimita arrastrado por el vértigo, ese vértigo que acomete cuando se está solo, en un plano más alto, del silencio del aula. Y de que no se defienda tampoco del vértigo abrocalándose en la autoridad establecida. La dimisión arrastrará al maestro a querer situarse en el mismo plano del discípulo, a la falacia de ser uno entre ellos, a protegerse refugiándose en una pseudo camaradería. Y la reacción defensiva le conduce a dar por ya hecho lo que [ha] de hacerse. Pues que una lección ha de darse en estado naciente. Se trata en la transmisión oral del conocimiento de un doble despertar, de una confluencia del saber y del no-saber-todavía. Y esto doblemente, pues que la pregunta del discípulo, esa que lleva grabada en su frente, se ha de manifestar y hacerse clara a él mismo. Pues que el alumno comienza a serlo cuando se le revela la pregunta que lleva dentro agazapada. La pregunta que es al ser formulada el inicio del despertar de la madurez, la expresión misma de la libertad.

No tener maestro es no tener a quien preguntar y más hondamente todavía, no tener ante quien preguntarse. Quedar encerrado dentro del laberinto primario que es la mente de todo hombre originariamente; quedar encerrado como el Minotauro, desbordante de ímpetu sin salida. La presencia del maestro que no ha dimitido —ni contradimitido— señala un punto, el único hacia el cual la atención se dispara. El alumno se yergue. Y es ese segundo instante

cuando el maestro con su quietud ha de entregarle lo que parece imposible, ha de trasmitirle antes que un saber, un tiempo; un espacio de tiempo, un camino de tiempo. El maestro ha de llegar, como el autor, para dar tiempo y luz, los elementos esenciales de toda mediación.

Y ese tiempo que se abre como desde un centro común, el que se derrama por el aula envolviendo a maestro y discípulos, un tiempo naciente, que surge allí mismo, como un día que nace. Un tiempo vibrante y calmo; un despertar sin sobresaltos. Y es el maestro sin duda, el que lo hace surgir, haciendo sentir al alumno que tiene todo el tiempo para descubrir y para irse descubriendo, liberándolo de la ignorancia densa donde la pregunta se agazapa, de ese temor inicial que encadena la atención; el temor que dispara la violencia. Pues toda ignorancia tiende a liberarse en la agresividad, la del Minotauro en su oscuro laberinto. Toda vida está en principio aprisionada, enredada en su propio ímpetu.

Y el maestro ha de ser quien abra la posibilidad, la realidad de otro modo de vida, de la de verdad. Una conversión es lo más justo que sea llamada la acción del maestro. La inicial resistencia del que irrumpe en las aulas, se torna en atención. La pregunta comienza a desplegarse. La ignorancia despierta es ya inteligencia en acto. Y el maestro ha dejado de sentir el vértigo de la distancia y ese desierto de la cátedra como todos, pródigo en tentaciones. Ignorancia y saber circulan y se despiertan igualmente por parte del maestro y del alumno, que sólo entonces comienza a ser discípulo. Nace el diálogo.